

CAMBIO DE SEXO.



(CUENTO)

Un marido como hay muchos, querellante y pendenciero, y que no encontraba nunca á gusto las faenas domésticas á las que se dedicaba su hacendosa compañera, la repetía constantemente con muy malos modos que diez mujeres juntas no eran capaces de hacer el trabajo diario de un sólo hombre.

Cansada la pobre mujer de oír tanto disparate y de tanta acusación infundada, propuso á su hombre cambiaran de obligación, y que mientras ella en adelante se encargaría de la labranza, él por su parte se ocupase del cuidado de la casa.

Hizo muchísima gracia al marido esta proposición; y creyendo que iba á poner á prueba la inutilidad de su mujer y patente en cambio su habilidad para todo, la aceptó con gusto, y decidieron llevarla á la práctica desde el día siguiente.

Según lo convenido, la mujer se levantó al rayar la aurora, y con la azada al hombro se dirigió á la heredad, á cavar.

El marido comenzó á encender lumbre en la cocina para preparar el almuerzo, pero con tan poca maña, que á pesar de haber agotado el aire de sus pulmones durante más de media hora, la leña no ardía, pero sí ardió su chaqueta. Por fin colocó el caldero de leche en el fuego, y después de derramar con su torpeza más de la mitad del contenido, logró que se cociera el resto, con su correspondiente sabor á quemado.

Molestado por este primer contratiempo bajó á la cuadra á sacar de la barrica una jarra de sidra; y cuando más ocupado se hallaba en la operacion, siente que el cerdo se pasea por la cocina, y temeroso de un desastre, echa á correr, olvidándose, en su apuro, de cerrar el grifo de la barrica.

El cerdo se habia dado ya un atracon de tortas de maíz, preparadas para la comida, volcado el puchero, roto un banco, y aún se revolcaba revolcándose por el suelo.

Exasperado nuestro hombre, coge una tranca y persigue á palos al animal por toda la casa hasta que, huyendo este de la persecucion, se arroja por un hueco de la escalera, y se hace, como vulgarmente se dice, *tortilla*.

Recuerda entónces el desventurado marido, por un ruido sospechoso como de lluvia que llega á sus oidos, que dejó abierto el grifo de la cuba, y saltando los escalones de cuatro en cuatro, baja á la cuadra, en la que encuentra la mayor parte del líquido de la barrica inundando el suelo y formando un mar rojo en el que se hallan naufragando unas cuantas docenas de huevos que estaban á punto de dar vida á otras tantas de pollitos. La clueca cacareando y refugiada sobre la cuba.

Completamente desorientado vuelve á la cocina á preparar unas sopas de ajo para el mediodía, pues es tarde para pensar en el habitual cocido de judías, y empieza á cortar el pan; mas es tal su excitacion nerviosa, que lo que se corta es un dedo.

Este nuevo y doloroso contratiempo le desespera en tales términos, que decide abandonarlo todo, y dándose por vencido, salir al campo á llamar á su mujer; pero en el camino, el mugido de las vacas y el fuerte rebuzno del asno le detiene y hace recordar que los pobres animales están en ayunas desde la vispera.

Entra á darles su racion, y entre tanto, distraido, coloca su pipa encendida encima de un monton de hierba seca, que comienza á arder, rápidamente. Sale asustado pidiendo socorro, y á los gritos acude un boyero que casualmente pasaba con su carro por allí, y entre los dos lograron dominar aquel principio de incendio, no sin haber causado destrozos, y entre estos la barrica de sidra, los restos de cuyo contenido sirvieron para rociar la hierba incendiada.

Tanto trabajo y tan malos ratos requerian algun descanso, y los oportunos servicios del boyero alguna recompensa, por lo que nuestro

marido creyó deber convidar á su amigo á un *traguito* en la primera taberna que encontrasen.

Cansada la mujer de cavar, y calculando por la altura del sol y las flaquezas de su estómago que habrían dado ya las doce, y que sin embargo su marido no la llamaba para comer, perdió la paciencia y se encaminó hácia la casa, sospechando fundadamente en algún desierto de su esposo, y efectivamente; apenas traspuesto el umbral de la vivienda, se encontró con el cuadro que conocemos. Mas no hallando á su hombre por ningún lado, temió una desgracia y se alarmó; pero bien pronto, conociendo sus aficiones, dió con la pista, y se dirigió apresuradamente á la taberna, en la que vió á su marido en union del compañero, tumbados bajo una mesa, roncando.

La experiencia fué un poco dura; sin comida, con la chaqueta quemada, un cerdo inutilizado, una barrica de sidra exhausta, los desperfectos consiguientes á todo incendio, una herida y una solemnísima borrachera, eran motivos suficientes de escarmiento y convencieron al sempiterno gruñon de su inutilidad para el manejo de la casa, y de sus injustas quejas, y eso que aún no tenían *nene*, con lo que las sucesivas desgracias de aquella mañana hubieran sido mayores.

Sirva esto de leccion á tanto y tanto marido que no ve en su mujer más que un burro de carga.

ALFREDO DE LAFFITTE.

